

Reavivar en el mundo un Amor que se apaga

“*Dios es amor*”. Sin duda esta verdad de fe y de vida constituye el alma de nuestra oración, de nuestro apostolado. Nuestra oración se construye en un diálogo que sabe alentar, comunicar vida, empeño, que compromete en la edificación de un Reino que ya está presente entre nosotros pero sin desarrollarse del todo.

¿Y cómo definir este reino? A lo largo de este curso hemos comprobado cómo las bienaventuranzas son en primer lugar un retrato del mismo Jesús: “*las Bienaventuranzas no son solo el mapa de la vida cristiana, son el secreto del corazón del mismo Jesús*” (J. C. Sagne). Podemos meditar cómo Cristo, durante toda su vida y específicamente en su Pasión, es el único verdadero pobre de espíritu y el único que ha vivido íntegramente cada una de las bienaventuranzas. Todas se cumplen plenamente en la Cruz.

En el Calvario, Jesús ha sido absolutamente pobre, afligido, manso, hambriento y sediento de justicia, misericordioso, limpio de corazón, artesano de la paz, perseguido por la justicia... Practicando a la perfección cada una de las bienaventuranzas, recibió en plenitud, por su Resurrección y su glorificación, la recompensa prometida, la felicidad del Reino de los Cielos. Más aún, recibió el poder de hacer entrar a todo hombre y mujer en este Reino, incluso a los mayores pecadores, como lo atestigua el episodio del Buen Ladrón; unos instantes antes de su muerte, Jesús promete a este hombre que lo invita con fe: “*En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso*” (Lc 23, 43).

Jesús afirma en el evangelio de san Juan: “*El que me ha visto a mí ha visto al Padre*” (Jn 14, 9). Las bienaventuranzas nos muestran por tanto también el verdadero rostro del Padre. Son la revelación de un nuevo rostro de Dios, un rostro que no tiene ya nada que ver con todas las invenciones y proyecciones humanas. Las Bienaventuranzas nos revelan la increíble humildad y la infinita misericordia de Dios. Aunque el Padre sea infinitamente rico y todopoderoso, hay también en el Ser divino un misterio de pobreza, pues no es más que amor y misericordia; es enteramente don, desprendimiento de sí para hacer existir al otro; no vive para sí mismo, sino para sus hijos, como manifiesta la actitud del padre en la parábola del hijo pródigo del evangelio según san Lucas.

Es preciso recalcar para nuestra vida la importancia de la figura del Padre en las bienaventuranzas. Es en el *Sermón de la Montaña* donde Jesús nos enseña la oración del Padre Nuestro y nos dirige esta invitación tan clara: “*Tú [...], cuando te pongas a orar, entra en tu habitación y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará*” (Mt 6, 6). Es también allí donde nos invita a abandonarnos con confianza en la providencia del Padre, sin inquietarnos por el mañana, pues “*bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso estáis necesitados*”. Hacia el final del Sermón, Jesús nos pide poner en práctica sus palabras, pues ellas expresan “*la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*”.

Sin duda, las Bienaventuranzas constituyen un don de la misericordia del Padre, la promesa de una gracia, de una transformación interior, de un corazón nuevo. La Ley nueva que promulga Jesús es mucho más exigente que la antigua, no se contenta con un comportamiento exterior correcto, sino que pide una verdad, una pureza, una sinceridad que comprometen la profundidad del corazón humano. *“Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos”* (Mt 5, 20).

Pero es esencial afirmar que si la Ley nueva se permite ser más exigente - exigencia inaudita que llega hasta la imitación del mismo Dios: *“Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”* (Mt 5, 48)- es porque la Ley nueva no es sólo una ley exterior al hombre, una obligación; es mucho más: un don del Padre misericordioso, una promesa extraordinaria de transformación interior por la gracia del Espíritu Santo. La exigencia más fuerte no es más que la señal de una promesa mayor. Dios da lo que pide. Si Jesús nos llama a una justicia que supera la de la Ley antigua, es porque en la Ley nueva hay un don mayor que hace posible esa superación: la revelación de la ternura del Padre, el ejemplo de Jesús, la efusión del Espíritu Santo.

En la predicación del Evangelio se realiza la promesa de la Nueva Alianza anunciada por Jeremías, en la que el Espíritu Santo va a acudir en socorro de la debilidad del hombre e inscribir en su corazón la ley de Dios, para que al fin sea capaz de cumplirla: *“Mirad que vienen días -oráculo del Señor- en que sellaré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá. No será como la alianza que pacté con sus padres el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos rompieron mi alianza, aunque Yo fuera su Señor -Oráculo del Señor-. Sino que será la alianza que pactaré con la casa de Israel después de aquellos días -oráculo del Señor-: pondré mi Ley en sus pechos y la escribiré en su corazón, y Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”* (Jr 31, 31-34).

Las Bienaventuranzas que hemos meditado este curso no son otra cosa que la descripción de este nuevo corazón que el Espíritu Santo forma en nosotros, y que es el mismo corazón de Cristo. *“Mi corazón palpita y vibra de agradecimiento en un pensamiento continuo sobre este Dios tan grande que no sólo es bueno, verdadero, amable, misericordioso, compasivo, sino que también nos ama. Tiene más que bondad para con nosotros. Tiene amor y su amor es infinito como él. El amor de Dios es el amor fuerte y protector de un padre, el amor sublime de una madre”* (Martha Robin).

Mucho más que una ley, que una carga suplementaria, el Evangelio es una gracia, una efusión de misericordia, una promesa de transformación interior por el Espíritu Santo. *“No me avergüenzo del Evangelio porque es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y también del griego”* (Rm 1, 16).

Las Bienaventuranzas constituyen un don y una tarea: **Necesitamos hacer revivir en este mundo nuestro la llama de un amor que constituye su esencia más profunda, la razón de su mismo existir.**